

toria de la guerra de México, desde 1861 á 1867." Hé aquí como refiere en esa obra los últimos momentos del Archiduque:

"Durante el curso de los debates se propuso á Maximiliano ó á sus abogados la siguiente cuestion: ¿Quereis asumir toda la responsabilidad de las luchas que han tenido lugar en este país despues de la salida de las tropas francesas? El Emperador respondió: "No, Juárez es el responsable de todo. Despues de la salida de los franceses, le envié un mensajero, y le propuse dar una amnistía general y perdón completo para todos los que están identificados conmigo en la causa imperial. Juárez lo rehusó, y no tenía otro medio que esperar y hacer todos los esfuerzos posibles para proteger á gran parte del pueblo mexicano."

Marchó á la muerte con la serenidad de quien cree que cumple con un fatal destino. Lloró por muerte á la princesa Carlota unos cuantos dias antes; é insensible despues á su propio infortunio, lo fué tambien para impresiones que antes lo hubieran conmovido. La muerte de la princesa, tal vez la creyó y dió por cierta. Despertó en su corazon el sentimiento de un inmenso bien perdido, y regó con llanto una memoria santa y triste en todas las visceras de la vida. Eran los últimos dias de su existencia, y la noticia de esa muerte, que nadie sabe quien esparció, produjo en su espíritu, herido por la pérdida de una mujer á quien tributó un culto de respeto y afecto, una reaccion de cierta indiferencia ó filosófica resignacion. Dijo, así lo aseguraron sus defensores, que la mano de Dios le mandaba un lenitivo en su desgracia; que la muerte de la princesa Carlota le daba mas valor para despedirse del mundo.

Poco antes de la ejecucion, la señora de Mejía corria delirante por las calles de Querétaro, llevando en sus brazos á un recién nacido. La princesa de Salm Salm, segun se dijo, habia intentado la evasion del Emperador; pero el secreto fué revelado por un oficial mexicano, que en diamantes de la princesa, recibió 125,000 francos para que proporcionara la fuga del Emperador. Descubierta este complot, la princesa de Salm Salm y todo su séquito recibieron al instante la orden de abandonar á Querétaro.

Cuando se notificó la sentencia á los tres presos, no manifestaron ningun género de sorpresa, pues no habia sido posible ocultarles por mucho tiempo la suerte de sus compañeros, y Maximiliano se limitó á pedir que se les dejara permanecer juntos hasta su última hora, lo que les fué concedido. Los tres fueron trasladados á un antiguo convento que habia servido de hospital á las tropas francesas, ocupando una espaciosa pieza del piso bajo con ventanas que dan al jardin. El oficial que mandaba el peloton que debía acompañarlos al lugar de la ejecucion, pidió perdón á Maximiliano diciéndole que no aprobaba la sentencia: "Pero soy soldado, añadió, y debo obedecer las órdenes que he recibido." Y cuentan que Maximiliano respondió: "Un soldado debe obedecer siempre á su consigna. Agradezco de todo corazon vuestros excelentes sentimientos, pero exijo que cumplais las órdenes que os han dado."

Solo se dejó entrar al abate Fischer, secretario y confesor de Maximiliano. Algo mas tarde, el obispo de Querétaro se presentó ofreciendo sus auxilios espirituales, que fueron aceptados por los prisioneros. Pasaron la noche conversando en voz baja, y se confesaron. Miramon sufria mucho de resultas de

su herida; Mejía se durmió profundamente. Maximiliano pidió papel y pluma, lo que tardó algo en encontrarse á causa de lo avanzado de la noche. A las cuatro de la mañana Maximiliano quiso oír misa, que fué dicha por el obispo, para lo cual despertaron á Mejía; y parece que despues de la misa, el príncipe permaneció largo tiempo arrodillado sobre el suelo, con la frente apoyada entre las manos. Ignórase si lloraba ó si rezaba.

Miramon estaba pálido y abatido. Mejía sumamente altivo pues es preciso no olvidar que era indio, y que decia era una gloria para él morir con su soberano. A las siete se oyó la música del cortejo fúnebre, y el capitán Gonzalez entró en la capilla con las banderas. Miramon se dejó tapar los ojos sin hacer ningun movimiento; Mejía se resistió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se sometió tranquilamente.

El Emperador, adelantándose, manifestó que en manera alguna consentiria que le tapasen los ojos. Despues de un momento de indecision, el capitán Gonzalez saludó al Emperador y se puso á la cabeza de la escolta.

Abria la marcha un escuadron de lanceros; seguía una música tocando una marcha fúnebre, y un batallon de infantería á cuatro en fondo. Al llegar el cortejo frente á la puerta principal del hospital, Mejía dijo en alta voz: Señor, dadnos una vez mas el ejemplo, mostrándonos vuestro valor, pues seguimos los pasos de V. M." En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demas velas encendidas. Seguian los tres ataúdes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecucion y los banquillos. Entonces el capitán Gonzalez hizo señal á Maximiliano de que le siguiera, y el Emperador se adelantó valerosamente, diciendo á los dos generales: "Vamos á la libertad." La procesion marchó lentamente por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

Iba primero el Emperador, llevando á su derecha al abate Fischer, y á su izquierda al obispo; detras marchaba Miramon, á quien sostenian dos franciscanos, y Mejía entre dos presbíteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron á lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente al sol, y sacando su reloj tocó un resorte que ocultaba el retrato en miniatura de la Emperatriz Carlota, besóle, entregando la cadena al abate Fischer, y le dijo, "Llevad este recuerdo á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidla que mis ojos se cerrarán con su imagen que me llevo al cielo."

En cuanto llegaron cerca del gran muro exterior del cementerio, las campanas empezaron el toque deagonía: solo los que componian la escolta estaban presentes, pues el público habia sido alejado á gran distancia. Se colocaron las tres banquetas con las cruces de ejecucion junto al muro, y tres pelotones compuestos de cinco hombres cada uno, con dos sargentos de reserva para el tiro de gracia, se acercaron á tres pasos de los condenados.

A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un Maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: "Voy á morir por una causa santa, de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!"

El Emperador, al ver mover los fósiles, creyó que iban á hacer fuego, y acercándose á sus compañeros los abrazó con efusion. Miramon, sorprendido, cayó sobre la banqueta; pero Mejía devolvió á Maximiliano su abrazo, pronunciando palabras que nadie pudo oír, y despues cruzó los brazos sobre el pecho, sin quererse sentar. El obispo, acercándose á Maximiliano, le dijo: "Señor! dé V. M. en mi persona á México entero el ósculo de reconciliacion; perdónelo todo V. M. en este instante supremo."

Agitado interiormente el príncipe por una emocion visible se dejó abrazar sin decir una palabra, y despues levantando la voz, dijo con gran firmeza: "Decid á López que le perdono su traicion; á México entero que le perdono su crimen." Despues Maximiliano estrecho las manos del abate, que no pudiendo hablar, cayó á sus piés derramando abundantes lágrimas. Mucha gente lloraba; Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta: "A la disposicion de vd." A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en aleman, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo.

Tal fué el trágico fin de este príncipe desventurado, en la plenitud de la vida, puesto que aun no habia cumplido 35 años. El archiduque Fernando Maximiliano de Austria, por sus dotes de ingenio y de valor, era ciertamente digno de mejor suerte; honrado, leal, instruido, caballeroso, valiente, conocedor de las necesidades de la época actual; dotado de un vivo sentimiento de justicia; compasivo y afable con los pobres y desvalidos, en otro tiempo, ó en diversas condiciones y bajo mejores auspicios, hubiera sido un excelente monarca, aun supuesta su conocida debilidad de carácter, que no contribuyó poco á su triste destino. Fué fusilado el 19 de Junio de 1867.

Maximiliano, heredero de un nombre ilustre, pariente de casi todos los soberanos de Europa, quiso ser en el Nuevo Mundo la personificacion mista del Imperio y de la democracia. Descendiente de cien reyes que han gobernado las naciones europeas, solo en el secreto impenetrable del destino pudo estar escrito que seria el restaurador del imperio en México. Restauracion peligrosa, aunque fuera hija de un espíritu que conocia el progreso del siglo, y se trataba de un pueblo dócil y bueno que repugna los espectáculos de sangre; restauracion imposible, aunque la dinastía de Carlos V. tomara en sus manos la bandera de igualdad y libertad.

Más sobre los funerales.

La escudera que acompañaba al cadáver de Maximiliano entró en la rada de Pola antes de lo que se esperaba. A una señal de la fragata almirante, salió del puerto una lancha y fué á amarrarse al costado de la "Novara;" doce marineros izaron sobre el puente una caja larga y pesada. Era el féretro enviado á petición de Tegethoff por la familia imperial de Austria, féretro dorado, cincelado, grabado y de metal inoxidable, destinado á reemplazar la caja mexicana llegada de Querétaro.

Dos razones habia para cambiar así por última vez el lecho fúnebre del archiduque: primero, el mal estado del ataúd en que se habia traído, y despues el temor de esponer esos restos desfigurados á los ojos de la archidu-

quesa Sofia, que no hubiera dejado de querer dirigir una mirada á su desgraciado hijo. Para evitar un accidente posible y una escena seguramente desgarradora, se deseaba sellar en Pola, antes de desembarcarlo en Trieste, el féretro de cobre.

Cuando se quiso practicar el cambio, notóse con estupor que el féretro imperial enviado de Viena era muy pequeño. Fué menester renunciar á hacer uso de él, y por una suprema fatalidad, el emperador Maximiliano, fusilado en México y vuelto á traer entre los suyos, ni aun encontró un ataúd para su talla. ¡Tuvo que permanecer en la caja de sus enemigos!

A la misma hora y en el mismo dia se anunciaba á la emperatriz Carlota que su marido habia sido muerto á la cabeza de su ejército en una gran batalla dada á los juaristas.

El cadáver no fué embalsamado como se ha dicho, sino desecado, momificado, y suena al contacto del dedo. Lo que hace que su aspecto general sea particularmente repugnante, es la contraccion de los labios, que deja salir los dientes muy largos. La fotografia hecha en Querétaro no deja ilusion alguna sobre esto.

Los funerales han sido descritos en otras partes y es escusado repetir los detalles: se han celebrado dos ocasiones. La parte mas solemne y pomposa fué la recepcion de los restos mortales en Trieste; la mas conmovedora ha sido la entrada en Viena, por la noche á la luz de las antorchas. La poblacion entera estaba allí, silenciosa, recogida, llena de emocion, esperando al que ella llamaba "el pobre Max," para darle por última vez las buenas noches.

"Cuando recuerdo las entradas triunfales en México, bajo lluvias de flores, me decia uno de sus antiguos consejeros, cuando pienso en las ovaciones entusiastas de los mexicanos, que tantas veces presencié, y veo esta triste ceremonia, me creo juguete de un sueño: ¡qué caída y qué fin!"

En el momento de esa dolorosa manifestacion de los habitantes de Viena, enterada la archiduquesa Sofia de la llegada del cadáver de su hijo, despidió á todos los que estaban á su lado y se encerró en sus habitaciones. Allí, apoyada en la ventana del palacio que daba vista al tránsito del acompañamiento, entreabriendo la cortina, presenció el desfile. El dolor de la madre fué tan agudo, que ésta no pudo derramar ni una lágrima. ¿No es este episodio el verdadero epílogo del drama?

Cuando el baron Magnus, el honorable ministro de Prusia que asistió al emperador hasta su último momento, volvió á Europa, se trasladó inmediatamente á Viena para entregar á Francisco José lo que habia podido recojer de los objetos que su hermano habia dejado, y despues de una larga audiencia iba á retirarse, cuando S. M. le recomendó que hiciese una visita á la archiduquesa Sofia.

—Hay detalles que debo callar, dijo el Sr. Magnus; serian demasiado crueles para el corazón de una madre.

—No trateis de ocultarle nada. Le respondió el emperador de Austria: mi madre ha leído cuanto se ha escrito en todas partes sobre su hijo; ella quiere oír y saberlo todo: nada olvideis; ella está llena de valor.

Se había tenido el buen gusto de no poner sobre el féretro insignia alguna, ninguna condecoracion: coronas de laurel de Miramar y nada mas.

De intento se omitió una parte del ceremonial, porque el ataud estaba sellado por los motivos ya espresados.

La capilla que sirve de sepultura á la familia imperial de los Hapsburgo, está confiada á la custodia de una órden monástica que vive de limosnas públicas; el superior concurre á los funerales, y cuando el cadáver está suspendido con cuerdas sobre la cripta, antes de bajarlo se pregunta al religioso, descubriendo el rostro del difunto.

—¿Reconocéis estos restos mortales por ser los de . . . ? (sigue el nombre y las cualidades de la Alteza á quien se sepulta).

El superior se acerca, se inclina y responde:

—“Lo reconozco y acepto su custodia.”

Después la tapa corre por la muesca de metal y el ilustre difunto va á ocupar su lugar al lado de sus abuelos.

Esto es lo que se ha pasado en silencio.

Se ha hecho esta observacion demasiado curiosa: La última prision de Maximiliano en Querétaro fué el convento de Capuchinas, y su último asilo al lado de los suyos, en Viena lleva el mismo nombre.

Los jóvenes archiduques lloraban silenciosamente durante el servicio fúnebre; pálido y sosegado, el emperador dominaba su emocion. Solo el anciano archiduque, padre de Maximiliano, desgarraba el alma con su inmensa desesperacion.

La viuda de Miramon asistió á las exequias con sus tres hijos. Dicen que la desgraciada señora es digna de lástima: carece de bienes de fortuna, y el emperador de Austria debe asignarle una pension. Y López está hoy muy tranquilamente establecido en México; ha llegado á ser un personaje y goza de los beneficios de Juarez. Men s afortunado que él, el presidente del consejo de guerra que condenó á muerte al emperador, acaba de ser asesinado.

Es costumbre en México plantar una cruz de madera negra en todos los sitios donde se ha cometido un crimen ó ejecutado á alguien. Se comprende que debe haber muchas en toda la estension del territorio. Después de la muerte de Maximiliano, los indios plantaron inmediatamente la cruz tradicional; pero en el mismo dia fué cortada en pedazos y desmenuzada para hacer reliquias. Se colocó otra y después una tercera, y así han consumido mas de diez las tribus vecinas y la poblacion de Querétaro.

Las Reliquias del Archiduque.

“Las reliquias del emperador Maximiliano, llevadas á Viena por el Dr. Basch, han sido distribuidas entre diferentes personas ligadas con el difunto emperador por vínculos de parentesco ó de afecto. El emperador de Austria ha recibido la Cruz de caballero de la Orden mexicana del Aguila, fundada por Maximiliano, como tambien una medalla de oro con la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya cruz y cuya medalla fueron usadas por el emperador. S. M. la emperatriz ha recibido como recuerdo un abanico; la reina Carolina-Augusta un pequeño rosario; la gran duquesa Sofia dos anillos y el escapulario atravesado por una bala, como tambien un retrato bor-

dado que las señoras de Querétaro regalaron al emperador cuando entró en aquella ciudad. El archiduque Francisco Carlos ha recibido el rosario que el emperador tenia en sus últimos momentos; el archiduque Carlos Luis el anillo grabado de Maximiliano que le servia de sello; el archiduque Luis Víctor una medalla de plata con la imágen de la Virgen. La reina de Inglaterra ha recibido un medallon con un bucle de cabellos de la emperatriz Carlota; el rey de los belgas la Cruz de caballero de la Orden de Guadalupe, que llevaba el emperador durante el sitio de Querétaro; el conde de Flandes el reloj y la cadena de Maximiliano. La princesa María Awersperg, que fué dama de honor de la emperatriz Carlota, ha recibido un abanico de hojas de palma; el conde Hadik de Futak, gran chambelan de Maximiliano cuando era archiduque, un par de botones de camisa; el marques Corio unas espuelas de oro; el capitán de navío Radouch un espejito de mano que usaba el emperador; el Dr. Zelle, médico en jefe de la casa imperial, la Historia de Italia de César Cantú, con una suscripcion autógrafa del emperador, y un baston.

“El Dr. Basch ha entregado al gran chambelan el sombrero que llevaba Maximiliano durante su cautiverio de Querétaro, y el cual está destinado por la voluntad del emperador al Museo de Miramar.”

La ley de 3 de Octubre.

Probado como está en la defensa que del archiduque hicieron en Querétaro cuatro abogados nada sospechosos para el partido liberal, que esa ley dictada *ad terrorem* fué obra del mariscal Bazaine, quien precisó al archiduque para que la firmara con la falsedad de que el Sr. Juarez habia abandonado el país, la siguiente carta dirigida al mismo mariscal viene á ser un documento de bastante importancia:

“Hacienda de Zoquiapan, 21 de Octubre de 1866, por la noche.

“Mi querido mariscal:

“Mañana me propongo remitiros los documentos necesarios para poner término á la violenta situacion en que se encuentra, no solamente mi persona, sino tambien todo México. Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el dia en que yo os lo indique por el telégrafo.

“Tres cosas me preocupan, y quiero de una vez desprenderme de la responsabilidad que tengo por ellas.

“La primera es: que cesen las cortes marciales de intervenir en los delitos políticos.

“La segunda: que quede de hecho revocada la ley de 3 de Octubre.

“La tercera: que por ningun motivo haya persecuciones políticas, y que cesen toda clase de hostilidades.

“Deseo que llameis á los ministros Lares, Marin y Tabera, á fin de concertar las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, sin necesidad de que se trasluzcan mis intenciones espresadas en el primer párrafo.

“No dudo que agregareis esta nueva prueba de verdadera amistad, á las muchas que ya me habeis dado; y por ello os anticipo sentimientos de gratitud, renovándoos las seguridades de consideracion y de amistad con que soy vuestro afectísimo, MAXIMILIANO.”

Contestacion del Emperador Maximiliano á la protesta de los Sres. Obispos.

Señores: He leído con gran interes vuestra esposicion de 29 de Diciembre último, y la he examinado con la profunda atencion que me exigen mis deberes de soberano.

En ella dirijís, si bien en términos respetuosos, recriminaciones á mi gobierno, queriendo compararle con anteriores gobiernos de triste recordacion, y tratais despues ignorando, como en mas de una ocasion lo habeis dado á entender, el estado de las ultimas negociaciones relativas á los asuntos eclesiásticos.

Yo desearia que esta cuestion no la hubiéseis juzgado tan severa y temerariamente, sin haberla antes estudiado en todos y en cada uno de sus detalles. La calma, la reflexion y la humildad y dulzura, son la mejor prenda y el mejor adorno de una dignidad de la Iglesia. Ignorais lo que ha pasado en Roma entre uno y otro soberano; no habeis asistido á las negociaciones y conferencias que han mediado con el nuncio, y no podéis por lo tanto, juzgar de parte de quién se hal e la razon, de parte de quién proceden las usurpaciones, si es quo acaso las ha habido. Como buen católico y soberano fiel á sus deberes, yo debo correr el velo sobre ciertas cosas, dejando á Dios y á la historia el cuidado de justificar mis actos; pero quiero al mismo tiempo contestar á algunos puntos de vuestra esposicion.

Hace seis meses que mi gobierno esperaba, y con razon sobrada, un nuncio con amplios poderes para terminar el lamentable estado en que las cosas se encontraban, por medio de sanas y enérgicas reformas conformes con el sentido del verdadero catolicismo; y era tanto más fundada esta esperanza de mi gobierno, cuanto que mi ministro de Estado habia enviado, por orden mia, una nota apremiante á Roma, esponiendo con laudable franqueza la situacion violenta y difícil en que se encontraban los asuntos eclesiásticos, y la impresciadible y dura necesidad en que nos veiamos de dar una solucion por nosotros mismos, si no tenia lugar un pronto y satisfactorio arreglo, que todos deseábamos. Esta nota, como todo el mundo sabe, llegó á Roma mucho antes de la salida del nuncio.

Con la esperanza de un arreglo tan inmediato como deseado, recibimos al nuncio con distinciones y deferencias, rara vez concedidas á un dignatario de la Iglesia ni á ningun embajador. Yo hice entonces lo que no acostumbra generalmente hacer los soberanos: invitar al nuncio á poco de su llegada á esta capital á una larga conferencia. En ella le manifesté con la mayor franqueza, y podia decir mejor, con toda confianza, aquellos puntos en que mi gobierno podría mostrarse condescendiente, y en los que por el contrario, no podria dar nunca su asentimiento. Estos puntos me habian sido marcados por mi deber y mi conciencia, despues de un estudio minucioso y atento del estado de cosas en el imperio de México. El nuncio fué en esta conferencia bastante esplicito: declaró que tenia poderes para resolver algunos de aquellos puntos, y que los demás para los que él no se hallaba facultado, se arreglarian en Roma.

Mi mas ardiente deseo le veia en gran parte realizado; y conociendo la marcha lenta y pesada de los asuntos en Roma, supliqué al nuncio concerta-

ra de acuerdo con mi ministro de Gracia y Justicia, un medio que, entretanto se daba una solucion definitiva á los asuntos pendientes, tranquilizase á la nacion, y le diese un testimonio de nuestra paternal solicitud y del buen deseo de nuestro gobierno.

En su primera conferencia con mi ministro, el nuncio se espresó de la misma manera que lo habia hecho conmigo, y nuestro gobierno abrigaba las mas halagüeñas y dulces esperanzas. Veinte y cuatro horas despues de esta conferencia, y contradiciendo abiertamente cuanto habia manifestado en la anterior, el nuncio declaró que no tenia poderes, y así lo manifestó luego terminantemente al ministro de Estado en una carta concebida en términos bien estraños é irrespetuosos, confiando sia dada en nuestra indulgencia. Faltaba, pues, el concurso de los dos poderes. ¿Cómo hacer, sin este concurso un arreglo ó concordato cualquiera? Despues de este inesperado acontecimiento, nuestro gobierno que tiene la conciencia de su dignidad y de sus deberes, no pod a esperar tres meses para esponerse á un desengaño igual; y dejar sin resolver cuestiones de interes vital para el país; y sobre todo, que el gobierno no pretendia nada que ya no se hubiese practicado en otros países católicos con la aquiescencia de la Santa Sede.

La gran mayoría de la nacion exige y tiene derecho á exigir esta solucion, y en este punto, yo estoy seguramente en situacion de juzgar con mas acierto que el Episcopado, porque acabo de recorrer la mayor parte de vuestras diócesis, entretanto que vosotros permanecéis tranquilos en la capital despues de vuestro destierro, sin que os importe el estado de vuestras diócesis. Por todo esto, y despues de un maduro y detenido exámen, despues de haber consultado mi conciencia, despues de haber oido el parecer de eminentes teólogos, me decido por un acto que en nada perjudica al dogma de la religion católica, y que asegura en cambio á nuestros conciudadanos la garantia de las leyes.

Quiero, antes de terminar, llamar vuestra atencion sobre un error en que habeis incurrido en vuestra esposicion. Decís que la Iglesia mexicana no ha tomado parte nunca en los asuntos políticos. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! Pero desgraciadamente tenemos testimonios irrecusables, y en gran número por cierto, que son una prueba bien triste, pero evidente, de que los mismos dignatarios de la Iglesia se han lanzado á las revoluciones, y que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado.

Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia mexicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidánlose en esto y despreciando completamente las verdaderas máximas del Evangelio. Sí; el pueblo mexicano es piadoso y bueno, pero no es católico en el verdadero sentido del Evangelio, y ciertamente que no es por su culpa. Ha necesitado que se le instruya, que se le administren los Sacramentos gratuitamente como manda el Evangelio: y México, yo os lo prometo, será católico. Dudad, si quereis, de mi catolicismo: la Europa conoce há mucho tiempo mis sentimientos y creencias; el Santo Padre sabe cómo pienso; las Iglesias de Alemania y de Jerusalem, que conocen como yo el arzobispo de México, atestiguan mi conducta sobre este pun-

to. Pero buen católico como yo lo soy, seré también un príncipe liberal y justo.—Recibid la espresion, etc.—MAXIMILIANO.”

La traicion del ex-coronel Miguel López.

Es cosa averiguada que la ocupacion de Querétaro por las fuerzas liberales, fué debida principalmente á la traicion que cometi6 el ex-coronel López, entregando el punto de la Cruz, de que era gefe. Los vencedores lo escribieron así en los momentos de alcanzar aquella ventaja, y sus comunicaciones y cartas oficiales se insertaron en las 6rganos de los gobiernos departamentales. Así lo atestiguan los que presenciaron aquellos sucesos, de un bando y otro. Queriendo López arrojar de sí aquella acusacion de infamia, publicó un manifiesto, desafi6 al mundo entero á sostener la acusacion, pero todos los gefes prisioneros contestaron las palabras de López, y bajo su firma sostuvieron y afirmaron lo que la fama pública decia, dando detalles mas ó menos explícitos, pero que confirmaban siempre la voz general.

El no haber estado preso López un solo dia, en tanto que sus compañeros se encontraban en las cárceles, podia ser una prueba suficiente para corroborar la sospecha si solo fuera una sospecha.

La refutacion del manifiesto de López, escrita por los prisioneros en Morelia, es un documento importante y de sumo interés. La carta del príncipe de Salm Salm, no lo es menos; el escrito de D. Máximo Gorbitz, publicado en la Habana rebate tambien punto por punto lo que López dijo; pero sobre todo esto existe el artículo del Sr. general Magaña, documento que no podemos prescindir de copiar en seguida, para dejar consignados sus conceptos y los hechos que en él se narran.

Bien quisieramos copiar todo lo que sobre esto se ha escrito, pero los límites de que podemos disponer son bien cortos, y tenemos por lo mismo que conformarnos con escoger lo mejor.

La carta del Sr. Magaña di e así:

Señores editores del *Monitor Republicano*.—Muy señores míos:—En el apreciable periódico de vdes., como en otros muchos que se publican en la capital y en las demas ciudades, se ha dado lugar á un artículo que D. Miguel López escribió para vindicarse ante sus compatriotas y ante el mundo, del negio crimen de felonía que le atribuye la voz pública, con motivo del desenlace que puso término al sitio de esta ciudad la madrugada del 15 de Mayo último, artículo en el que reta ó invita á todo aquel que pueda probarle el crimen susodicho. Mucho sospecho que López ha contado con tres circunstancias al dirigirse al público de la manera que lo ha hecho: con que hay crímenes que no es posible probar tal como en juicio se requiere, que por temor de herir susceptibilidades, no habria persona que levantara el guante que él arroj6 y que no habria periódico bastante independiente para abrir sus columnas á quien osara contestarle, por mas que esta contestacion fuese la verdad misma. Pero creemos que si en el que suscribe encuentra quien le conteste en el estimable periódico de vdes. (así como en todos los demas independientes é imparciales), hallará la bondadosa deferencia á la publicacion de estas líneas que no esper6. Antes de todo, protesto con la mayor lealtad, que muchos nos consolaríamos inefablemente de ver á López sincerado: esto

lo creo verdaderamente. ¡Es tan dulce así no creer en la traicion, la deslealtad y la perfidia!

Creo indispensable á la rectitud del juicio público el conocimiento de los hechos tales como en realidad pasaron, porque así habrá premisas para deducir una consecuencia lógica; y á este fin voy á hacer un breve relato de los principales sucesos del sitio de Querétaro. Si ese relato algo dijere, será en favor de la disciplina, en favor de la idea del sacrificio que constituyen el legítimo espíritu militar, y nada en el del valor, porque no puede ser diferente entre hijos de una misma raza, templados por un propio sol.

Se disponia el ejército imperial á salir de Querétaro al encuentro del republicano, cuando sus espías le informaron que este marchaba contra esta plaza en dos columnas paralelamente, por dos vías diferentes; la una por la carretera de San Miguel de Allende al mando del C. Escobedo, fuerte de 17,000 hombres, y la otra á las del C. Corona con un efectivo de 18,000: habian ascendido ambas columnas á ese guarismo, porque Escobedo acaudillaba los batallones de Nuevo-Leon, Coahuila, Chihuahua, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, que cooper6 cuando menos con un contingente de 10,000 hombres; y Corona los de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Colima. Salir el ejército imperial sobre alguna de las dos columnas, habria sido entregar á la otra su flanco ó su retaguardia, dividirse para oponerse á ambas, debilitarse, puesto que no contaba mas que con 8,000 soldados.

El 5 de Marzo el ejército republicano desemboc6 en el valle de Querétaro, en el punto en que confluyen los dos caminos que traia, el de San Miguel y el de Celaya; á su frente, y en ese valle mismo se encontró con el imperial formado en batalla, apoyando su derecha en el rio, y su izquierda en la hacienda de Casa Blanca y la garita de Celaya: su centro, fuerte sobre el cerro de las Campanas. El ejército republicano no quiso aceptar el combate campal á que se le brindaba, y despues de haber dejado pasar cinco dias á la vista de su enemigo, pasó á tiro una revista de fuerza que tuvo todos los visos de un alarde militar: en la noche comenz6 á voltear los cerros de San Gregorio, San Pablo, Carretas, Cañada y Cuesta Chica, haciendo entender por esto que cercaba á la guarnicion. El 12 practicaron los sitiados un reconocimiento sobre el pueblecillo de San Pablo, (tres cuartos de legua de la plaza) con el batallon de cazadores (280 plazas), apoyado por el 7.º de línea (600 soldados) y el regimiento de la Emperatriz (450 ginetes). Fué este lance el primer ejemplar del brio de los sitiados, pues parte de la tropa de ellos, no satisfecha con haber dispersado á un enemigo siete veces mas numeroso, trep6 sobre las bóvedas y torre de ese templo. A las ocho de la mañana del 14 ni6 el sitiador un ataque general y recio sobre todas las líneas, llegando su denuedo hasta tomar á fuerza de armas el panteon de la Cruz: la esca a guarnicion de este punto se encontró tan comprometida, que hubo de arrojar piedras y granadas de mano contra los asaltantes, y así logró rechazarlos. Acab6 este combate á las cinco, de la tarde; el sitiador se dejó arrebatara una pieza rayada, clavarle cinco; tomarle 750 prisioneros y hacerle muchos muertos y heridos. El 17 sali6 el general Miramon con dos batallones y un cuerpo de caballería sobre su derecha; desaloj6 á su enemigo, le quit6 dos cañones, le clav6 otros varios, le hizo mas de 600 prisioneros, y los

muerdos y heridos consiguientes. El 22 emprendió otra salida contra las garitas de Celaya y Ojuelos, y haciendas de San Juanico y el Jacal, cuyo fruto fué la dispersion de los hombres que cubian en desproporcionado número estos puntos, y algunos carros de víveres y partidas de ganado que quitó é introdujo á la plaza. Al peso de esta noche partió el general Márquez escoltado por 1,200 caballos al mando del coronel Quiroga.

El 23, el sitiador fué reforzado con 5,000 hombres del C. Ignacio Martinez, 2,800 del C. Riva Palacio, por los del mando de Antillan, Régules, Canto, Echagaray y Velez, y por esto representó ya este día una fuerza de 48 á 50,000 hombres; el sitiado, disminuido por las bajas que tuvo en los combates anteriores, y los 1,200 soldados que habia llevado consigo el general Márquez, se encontró reducido á 6,000 soldados. El 24 emprende el sitiador un ataque brioso en una legua de estension por su derecha; pero es rechazado, dejando en poder del sitiado prisionero un batallon con su bandera y guiones, otros 800 soldados de diferentes cuerpos, muertos y heridos. Hasta aquí sitiadores y sitiados no habian tenido en sus encarnizadas y tremendas luchas anteriores más trincheras que sus pechos; pero á partir desde este día, los unos y los otros comenzaron sus trabajos de zapa; los sitiadores para abrir sus paralelas, los sitiados para parapetarse en sus líneas. El 26 hace el Sr. general Miramon una salida por su derecha; destroza á los defensores de esas líneas, les clava algunos cañones, le hace muchos muertos, muchos heridos, y les toma más de 600 prisioneros. El 1º de Abril emprende la misma maniobra y vuelve á triunfar; el 4 hace lo mismo y triunfa tambien. El 18 emprende sobre la garita de México; desaloja de ella al enemigo que la abandona despues de una defensa valerosa; pero al pié de la Cuesta China y al pié tambien del cerro de Carretas, se encuentra con una línea enemiga fortificada, y tiene que retirarse malogrando así el objeto de hacer salir dos correos del Emperador. A las cinco y media de la mañana del día 27 emprende el mismo Sr. general Miramon, á la cabeza de 2,800 infantes, un ataque sobre la izquierda, es decir, sobre la cordillera de lomas del Cimatario y el Batán, cubierta que estaba con 12,000 hombres fuertes en tres líneas atrinchera/ta y con 22 bocas de fuego. El general Miramon cargó y tomó la primera línea; hace lo mismo con la segunda y la tercera; le arrebató al enemigo 21 de sus 22 cañones, dejando uno sobre el campo por falta de brazos para hacerlo llevar á la plaza, y le hace multitud de prisioneros, muertos y heridos, dispersando tan completamente á los doce mil enemigos, que el pueblo de Querétaro ha salido á levantar los despojos del campo de batalla. El 1º de Mayo vuelve aquel general á atacar la derecha, ó sea las lomas de San Gregorio, con el mismo éxito; el 3 sucede lo mismo: habia ya tomado la primera línea, cuando un correo, con pliegos falsos de los generales Márquez y Vidaurri, en que se decia que se hallaban en marcha para auxiliar la plaza, se presentó al Emperador, quien en tal virtud mandó suspender el ataque y concentrar al general Miramon. El 5, á las oraciones de la noche, el sitiador emprendió un ataque sostenido y brioso contra la derecha de la plaza; pero sus esfuerzos todos se estrellaron, pues fué rechazado con pérdidas tan numerosas como lamentables. Además de las operaciones que se han enumerado, hubo otras que hicieron as-

cender las funciones de armas en los 71 dias de asedio de esta plaza, á 22, habiendo sido siempre en todas afortunados los sitiados. El material de guerra era á esta fecha doble ó triple en cantidad al que estos tenian al principio, y excelente de calidad; pues si bien es cierto que los primeros cápsules de carton que se elaboraron salieron defectuosos, se corrigieron luego. Supuesto todo lo dicho, preguntaremos: cuál de los dos ejércitos debia estar desmoralizado?

Hacia el 24 de Marzo faltó del todo la carne de res, pero sobró siempre la de caballo; para forrajes faltó el maíz desde como por el 25 de Abril, pero tortillas no faltaron á la tropa sino desde el 2 ó el 3 de Mayo, y siempre tuvo frijol y carne de caballo en abundancia. Volvemos á preguntar: ¿podria estar el soldado casi exánime de hambre, como asevera López? La fuerza de los sitiados habia disminuido hasta 5,000 soldados por los heridos y muertos, por las tropas que esoltaron á México al general Márquez y por las que sacó de la plaza el capitán Zarazua; pero así disminuidos, habian triunfado en las acciones del 24 de Marzo y en todas las de Abril, y en las del 1º 3 y 5 de Mayo. Podian, diez dias despues, el 15, estar tan desalentadas las tropas vencedoras?

El 12 del propio Mayo, esto es, cuatro dias antes de la sorpresa de la madrugada del 15, se invitó al pueblo para que se armara y guarneciera el perímetro interior de la plaza, á fin de poder el ejército regular salir la mañana del 14 á atacar simultánea y decisivamente las paralelas de los flancos y del frente, aislando las de retaguardia. Fué tal el número de paisanos que se alistaron, que no bastó el día 13 para organizarlos, ni bastaron tampoco las armas sobrantes para armarlos; fué por esto necesario aplazar el ataque para la madrugada del 15. A este efecto, se construyeron 19 puentes portátiles, se racionó el 14 la tropa con carne de caballo y vino tinto, y se dieron las órdenes y se dictaron todas las disposiciones para el ataque. A las dos de esa madrugada todo estaba listo, esperando la órden correspondiente; algunos minutos despues de esa hora, el enemigo de esta plaza disparó un proyectil hueco de la garita de México, disparo á que siguió otro veinte minutos despues, y ya no hubo otro tiro más, ni de sitiadores ni de sitiados. Cerca de las cuatro y cuarto de la mañana, el coronel Tinajero, que mandaba las alturas del convento de la Cruz, bajó al patio dando parte de que habia sentido, por un flanco, movimientos del enemigo; un rato despues, otro oficial llegó á la guardia de trinchera, diciendo que le parecia que el enemigo estaba dentro de la huerta del propio convento; cosa que todos tomaron por una figuracion del oficial, pues no habia habido un solo disparo, el más lijero ruido, voz ni señal alguna de alarma ni otro suceso cualquiera que no estuviere en la más grande armonía con la calma, la quietud mas completa. Rompió la luz del día y el campanario de la Cruz repicó á vuelo, secundado inmediatamente por el de San Francisco, convento que se halla en la plaza principal, centro de esta poblacion.

Toda la guarnicion creó que se repicaba por el arribo del general Márquez y sus tropas. Y cómo creer otra cosa? Cómo esplicarse que el campanario de San Francisco lo movia el sitiador, cuando para ello tenia que atravesar las líneas de tiradores y dos más fortificadas de los sitiados? Es nece-